

NIÑOS DE LA BIBLIA.



JACOB BENDICIENDO Á MANASÉS Y EFRAIM.

XII.

MANASÉS Y EFRAIM.



Antes de que Jacob saliese del país de Canaán, para ir á Egipto, donde le esperaba su querido hijo Josef, ofreció sacrificios segun la costumbre de sus antepasados, y dió gracias al Todopoderoso por los grandes beneficios que de él habia recibido, no siendo el me-

Diciembre de 1847.

nor de todos el de recobrar á su perdido hijo Josef. Despues se puso en camino, seguido de sus hijos, nietos y toda la parentela, llevando tambien los rebaños y todo lo mejor que todos poseian. Los carros que con este objeto habian traído de Egipto, permitieron que el anciano, las mugeres y los niños, disfrutasen alguna comodidad en el largo y árido camino que habian de atravesar. Al llegar á la tierra de Gessen, donde la caravana hizo alto, se adelantó Judá para avisar á Josef la llegada de su padre, mientras que este anciano, cada

vez mas conmovido al acercarse á su hijo, se preparaba á recibirle.

Apenas habian disfrutado algun rato de descanso á la sombra de las palmeras y de los plátanos, cuando algunos de los hijos de Jacob, que andaban esparcidos reconociendo la campiña, vinieron presurosos á decirle, como se acercaba hacia donde ellos estaban, una tropa de egipcios, cuyos trages de vivos colores se distinguian á lo lejos y cuyos cascos y lanzas relumbraban con los rayos del sol. Aquella comitiva parecia como que venia escoltando un suntuoso carro, de construccion maciza y tirado por caballos blancos. Venia en el carro un personaje, que desde luego llamó la atencion de los hijos de Jacob, y así que el carro estuvo ya mas cerca de ellos, reconociendo al que en él venia, clamaron gozosos:

—Es nuestro hermano.... es Josef.

Levantóse entonces Jacob, trémulo y agitado, á tiempo que Josef, saltando prontamente del carro, vino corriendo á echarse en brazos de su padre, confundiendo por un momento sus lágrimas y caricias. El primero que habló fué el anciano, que contemplando á su hijo con indecible júbilo, le dijo:

—Ya moriré contento, porque he vuelto á ver tu rostro y porque sé que me has de sobrevivir.

Josef, pasados los primeros transportes de alegría, hizo que su padre subiese en su carro, y seguido de la numerosa caravana que formaba su familia, entró con él triunfante en la capital de Egipto.

Si grande era la alegría de Josef al recobrar á su padre y hermanos, no fué menor la satisfaccion del rey Faraon al saber que su privado y su ministro favorito habia vuelto á unirse con su familia. Josef habia cuidado de avisar al monarca todo cuanto estaba pasando, sin ocultarle la humilde, pero honrada condicion, en que habian nacido y vivian todos los de su familia. El rey que no deseaba otra cosa mas que tener contento á Josef, y pagarle lo mucho que le debia, le dió amplias facultades para que obsequiase á su padre y hermanos como mejor le pareciese, y para que sin tardanza los estableciese en

aquella tierra de Egipto que mas á propósito fuese, por lo fértil y abundante en pastos, para que se mantuviesen los rebaños.

El agradecimiento y la política aconsejaban á Josef que presentase su familia al rey, y cuando Jacob y sus hijos fueron introducidos en el palacio de Faraon, no pudieron menos de sorprenderse á vista de una magnificencia enteramente nueva para ellos. Las techumbres incrustadas de azul y de brillante pedreria, estaban sostenidas por columnas de mármol de un grueso desmesurado en proporcion á su altura. Habia salas en que la templada luz bajaba por claraboyas abiertas en la bóveda, y en otras con vistas á deliciosos jardines, las cortinas que entre columna y columna pendian de varillas de oro, templaban el ardor de los rayos del sol. Estátuas y esfinges de pórfido, geroglíficos, pájaros simbólicos y dibujos representando las constelaciones celestes, se ostentaban por todas partes, y en el salon donde se hallaba el solio del monarca, allí el oro y la plata estaban derramados con profusion, allí las colgaduras eran de la mas viva escarlata, allí en fin, los deliciosos aromas, que se desprendian de humeantes pebeteros, embriagaban los sentidos.

Faraon, sentado en su trono, recibió con semblante afable á los hermanos de Josef, que éste creyó oportuno presentar al monarca y les preguntó:

—¿Cuál es vuestra ocupacion?

—Todos, señor, le respondieron, somos pastores de ovejas y tambien lo fueron nuestros padres. A habitar venimos en la tierra que os digneis concedernos, puesto que en la nuestra es ya imposible que subsistan, ni las personas, ni los ganados.

Despues de sus hermanos presentó Josef á su padre, formando entonces maravilloso contraste, ó por mejor decir, quedando eclipsada la grandeza ficticia de Faraon ante aquel venerable anciano, cuyo semblante estaba admirablemente realzado con toda la magestad que la barba larga y los encanecidos cabellos prestan á las facciones del hombre.

Faraon escuchó casi con respeto los votos de felicidad que le dirigía aquel buen anciano con tan sencillo como enérgico language, y despues le preguntó:

—¿Cuántos son los años de tu vida?

—Los dias de mi peregrinacion sobre la tierra, contestó Jacob, componen ciento treinta años, pocos y malos, y que no han llegado todavía á los dias de mis padres y antepasados.

El rey entonces dirigiéndose á Josef, le dijo:

—Toda la tierra de Egipto está delante de ti: escoge la de Gessen ó la que mejor te parezca, para que en ella habiten tu padre y tus hermanos, y se aprovechen de los mas pingües frutos de la tierra. Si hay entre ellos hombres inteligentes en el cuidado de los rebaños, pon los míos á su cargo.

Desde aquel momento quedaron los hijos de Jacob instalados en el Egipto, donde con el favor del rey y mediante la privanza que con él disfrutaba su hermano, consiguieron vivir en la abundancia y multiplicarse prodigiosamente.

Josef que siempre continuó gobernando el Egipto á satisfaccion del rey y con aplauso de los pueblos, tenia dos hijos llamados Manasés y Efraim, habidos de Assenet, hermosísima jóven, hija del gran sacerdote del templo de Heliópolis. Josef, fiel á las costumbres de sus antepasados, al traer á su padre á Egipto, queria que bendijese á sus nietos, para que en ellos se perpetuasen todas las felicidades que parecían como vinculadas en la familia. Por esto cuando conoció que el fin de su padre estaba cercano, le presentó sus dos hijos Manasés y Efraim para que los bendijese, diciéndole:

—Estos son los hijos que el Señor me ha dado en este pais, y que imploran vuestra bendicion.

Postráronse entonces los muchachos ante el lecho del anciano que incorporándose, exclamó:

—No me he engañado en mis esperanzas. Doy gracias á Dios que ha permitido alcance á ver á tus descendientes.

En seguida colocando sus manos sobre la cabeza de los muchachos, los bendijo, diciendo:

—El Dios en cuya presencia anduvieron Abraham é Isaac, el Dios que desde mi adolescencia me ha sostenido y preservado de todo mal, bendiga á estos niños y haga que crezcan y prosperen sobre la tierra.

Desde tan antiguo data la ceremonia de la impositcion de las manos, siempre que se recitaba la fórmula de las bendiciones, siempre que se queria conferir alguna gracia ó poder; pero en la bendicion de los hijos de Josef fué acompañada esta ceremonia de una circunstancia única en la historia. Habia puesto Josef, como era regular, á Manasés su hijo primogénito, á la derecha de su padre y á Efraim á la izquierda; pero Jacob cruzando un brazo por encima del otro, pasó su mano derecha á la cabeza de Efraim, colocando la izquierda sobre la de Manasés, y dando por consiguiente la preeminencia al segundo hermano sobre el primero.

Sorprendido y acongojado José con este significativo movimiento, pugnó por levantar la mano de su padre diciéndole:

—No es así como debe hacerse, padre mio; poned vuestra mano derecha sobre la cabeza de éste que es el primogénito.

—Lo sé, hijo mio, lo sé, contestó Jacob; pero éste que es el segundo, será mayor que el primero y su descendencia se multiplicará mas entre las gentes.

Y así fué conforme lo habia profetizado Jacob, pues la tribu de Efraim fué despues una de las mas numerosas y de mas célebres combatientes, entre todas las de Israel que vinieron á establecerse en ambas orillas del Jordan.

Tales son los misteriosos sucesos con que termina la historia de Josef, y con ellos aquel primer período de la historia del pueblo de Dios, conocido con el nombre de época de los patriarcas.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

V.

SCIPION EL AFRICANO.

La dispersa hueste de Roma sin embargo del último triunfo obtenido por Marcio, fué á ocultar su espanto y á lamentar la irreparable pérdida de sus antecesores caudillos á la ciudad de Valencia, donde por disposicion del senado tuvo que acudir y esperar con resignacion momentos mas bonancibles y dichosos.

Un día en que los valencianos se ocupaban en sus faenas ordinarias, presenciaron con estraña admiracion el espectáculo siguiente: numerosos grupos de soldados romanos, precedidos cada uno de un hombre que llevaba una pequeña bandera encarnada, recorrian las calles de la poblacion, dando vivas á la república romana, y entonando himnos y cantos populares propios de aquellos tiempos. Los habitantes de esta ciudad, no adivinando el motivo que los habia sacado de su anterior estado de abatimiento, y desearios de saber el origen de tan inesperadas aclamaciones, abandonaron sus tareas, y se unieron á los regocijados gritadores, mas bien con intento de indagar lo que sucedia, que por hacerse partícipes de tan estraordinarias emociones; no obstante, los españoles preguntaban, pero los romanos, como obedientes á una consigna general, ninguno se aventuraba á revelar la causa del misterioso contento.

De pronto sonaron varios toques de clarines en distintas direcciones, y al cabo de algun tiempo, aquellos mismos hombres que habian manifestado su alegría en grupos parciales, cifieron

sus relucientes armaduras, y siguiendo á sus gefes respetivos y al compás de los instrumentos marciales, pasaron á situarse á un punto fuera de la ciudad que daba vista al mar, y formando una línea bastante dilatada, dejaron á sus espaldas á la ansiosa y asombrada muchedumbre, que mientras mas tiempo pasaba menos acertaba á comprender el desenlace de estos preparativos. Todos miraban al mar, y nada veian sino el límpido azulado firmamento y aquella inmensa estension de agua, que en calma silenciosa venia á plegarse sobre la arena de la orilla.

Hallábase el sol en la mitad de su carrera, cuando aquella gran masa de impacientes espectadores distinguió hacia oriente cuatro objetos, en un principio imperceptibles, que desplegados en una hilera uniforme y de frente á la poblacion, iban aproximándose con rapidez estraordinaria; no tardó mucho el pueblo en distinguir perfectamente cuatro góndolas de forma veneciana con su correspondiente comparsa de remeros. Un gefe romano recorrió la línea fatigando al hermoso alazan que montaba, y dando voces preventivas á las tropas; un prolongado murmullo se siguió á esta pronta maniobra, y cuando las góndolas estuvieron á punto de ser bien vistas, los remeros hicieron alto á la enérgica y sonora voz de un marino: enarbolóse una banderola en la popa de cada una de estas vistas y ligeras navecillas, y el eco de los mares repitió en sonoro acento los himnos armoniosos que en aquella época componian los poetas mas populares de la opulenta Roma.

Bien pronto comprendió el pueblo valenciano, que estas góndolas que acababan de situarse á corta distancia de la ribera, eran mensageras de un espec-

táculo mas lucido y sorprendente, porque vieron venir hacia la costa un sin número de naves ricamente empavesadas y formadas en hilera de á dos; pero no bien se hubieron acercado mas á la orilla, cuando por medio de una rápida y vistosa evolucion marina, cada hilera fué girando en opuesta direccion, y al cabo de un rato todo aquel conjunto de lujosas embarcaciones, apareció desplegado en ala, dejando un flanco en su centro, por el cual atravesó una nave de mas importancia que las demás, no solo por su tamaño, sino por los ricos adornos que la revestian. Entre la pintoresca y esplendorosa tripulacion que aparecía sobre la cubierta de la nave, sobresalía en primer término un simpático guerrero, cuyo deslumbrante atavío á la romana y su posicion donosa y gentil, atrajeron la mas minuciosa contemplacion de la multitud de la ribera. Situado en la popa de la embarcacion, apoyando su pié derecho sobre un alto rollo de cordeles, tocaba, aunque levemente su derecha mano, los dorados flecos de la guarnicion que rodeaban su jubon y que cubrian una parte de su blanco muslo; con la mano izquierda asía la brillante empuñadura de su corta espada; un vistoso penacho compuesto de ricas plumas y de colores muy variados, se mecia á impulsos de una brisa suave y silenciosa, en la parte superior de su reluciente casco. Cuando la nave conductora de este personaje llegó á cierta distancia, quedó parada sin adelantar un paso mas hacia la orilla, pero dando un ligero vaiven á babor y á estribor, á pesar de las pesadas áncoras que se arrojaban al mar. La góndola mas cercana á la referida embarcacion recibió al suntuoso personaje, que acompañado de otros tres caballeros, se fué aproximando á la orilla, conducido por los diestros remeros, y al compas de música y canciones, con aquella noble magestad que solo es concedida al rey de los mares. Bien pronto distinguió la multitud el atractivo rostro del triunfante navegante. Era bello, delicado; sus ojos azules daban una dulce expresion á su semblante juvenil, cuya blancura estaba en perfecta armonía con el dora-

do color de su larga y ondulante cabellera. El activo ginete que recorría la línea de los romanos puestos en formacion, gritó con voz fuerte, y cuyo eco se perdió en los mares.

—¡Viva Publio Cornelio Scipion....!

Esta exclamacion fué repetida por los romanos con frenesi, y tal se sintió el prolongado estrépito de la gritería, que parecia que las aguas del Mediterráneo habian tomado parte en esta sincera cuanto bulliciosa demostracion de patriotismo.

Apenas los pies de Scipion tocaron la blanda arena de la ribera valenciana, cuando le presentaron un brioso corcel lujosamente enjaezado; uno de los capitanes que salieron á recibirle le fué permitida la honra de hincar la rodilla en tierra, y proporcionar con su muslo derecho un estribo ó punto de apoyo, sobre el cual se colocó Scipion, quien dando un salto con suma destreza y gracia, quedó cabalgando el fogoso animal, que casi no eran bastantes á sujetarle los tres esclavos que le asían por las bridas en tanto que el nuevo general le montaba. Cuando Scipion se vió tan entusiastamente saludado por sus tropas, y aun por los valencianos que se apoderaron del mismo sentimiento de admiracion, no pudo menos que corresponder á tan sinceras demostraciones con un afectuoso saludo, acompañado de una ligera sonrisa que contribuía á presentar su encantadora fisonomía con duplicados atractivos.

Cuando vió la multitud que le contemplaba, comprendió que este era el parage donde por primera vez debia levantar su voz en los dominios de España.

—Españoles, dijo con un acento agradable y sonoro. Los lamentos de las víctimas romanas sacrificadas en las aras del rigor español y cartaginés han resonado del modo mas lastimero en los ámbitos del senado de la culta y opulenta Roma. Un indomable espíritu de venganza se apoderó del alma de los ciudadanos, y éste que os dirige la palabra fué el encargado de llevar á efecto tan espantosa mision, la cual rechaza valerosamente (sin que le asusten las consecuencias) ante un pueblo

dócil y amigo de sus verdaderos protectores. No mireis en mi persona á un ambicioso conquistador, sino al amigo sincero y desinteresado que viene á emanciparos de la dominacion cartaginesa: míos serán vuestros peligros, míos vuestros infortunios; vuestras mis conquistas, vuestros mis trofeos militares. No sea mas que uno el color de la bandera que guie á los combates, tanto á romanos como á españoles, pues uno es el interés de ambas naciones. Españoles, seguid nuestras enseñanzas, que ellas os conducirán al templo de la gloria.

Al concluir esta arenga el joven romano, se repitieron las aclamaciones de todos los circunstantes, los cuales le siguieron hasta el centro de la poblacion en medio de los mas frenéticos victoriosos. El objeto de tan extraordinaria veneracion, era, como han visto nuestros lectores, aquel célebre caudillo de Roma, que apenas pasaba de veinte y cuatro años, y en tan temprana época de su vida se habia ya grangeado la mas alta reputacion en su patria por sus grandes virtudes (1) y á la sazón se encargaba del mando del ejército romano en España. Del mismo modo que sus parientes parecia entre aquellos pueblos, mas bien amigo que señor, logrando que las tribus iberas renovasen su amistad con la república romana, y prometiesen ayuda á sus tropas.

Al dar principio la nueva campaña, Asdrubal el hermano de Anibal, se hallaba en Sagunto, que por este tiempo ya habia sido reedificada por Scipion; el otro Asdrubal en la Bética, enfrente de Cádiz, y Magon entre Castilla la Nueva y Andalucia. Medida poco acertada fué, ciertamente la de dividir así las fuerzas en tal ocasion, y teniendo que habérselas con un contrario tan temible como Scipion el africano. Con efecto, este célebre caudillo romano, lejos de marchar en busca de alguno de los tres, como lo hubieran hecho sus antecesores, á la cabeza de un ejército respetable, se dirigió sobre

Cartagena, metrópoli de las posesiones púnicas de España, á la cual puso cerco muy apretado por mar y tierra. Alucio, á quien el senado de Cartago le habia conferido el honroso título de principe de Cartagena por los brillantes hechos de armas que en otra parte dejamos apuntados, era el que dirigia las tropas sitiadas; pero no encontrándose al parecer, con las fuerzas necesarias para contrarrestar á un enemigo tan poderoso, cuando tuvo noticias del asedio que la plaza iba á experimentar, reclamó la cooperacion de alguno de los generales de Cartago ausentes, por lo cual Magon, abandonó á Castilla y voló á marchas forzadas hasta reunirse con su comitilon, oí que consiguió á duras penas, pues la vanguardia enemiga ya ponía en práctica los hostiles preparativos del asedio. Este dió principio con esceseivo vigor; los dos egércitos beligerantes dieron vivas señales de su grande valentia, pero al fin cupo á Scipion la honra de penetrar al cuarto dia en aquella poblacion tan disputada. El desórden de los sitiados llegó á su colmo; ninguno encontraba un flanco para la fuga, y hasta el mismo Magon quedó cautivo del vencedor.

Sin embargo, Alucio aun cuando vió á los contrarios dentro de los muros de Cartagena, acompañado de unos cuarenta peones decididos á vender caras sus vidas, se situó á la puerta de un magnífico edificio, y con espada en mano y ayudado de sus valerosos compañeros, se defendia como un leon que despedaza enfurecido á todos cuantos animales carnívoros pretenden penetrar en la madriguera donde duermen tranquilamente sus cachorros. Scipion que á este tiempo pasaba por aquel sitio entre las aclamaciones de los suyos, cuando observó aquel desigual combate y el imponderable arrojé de tan bravo mancebo, al verle pronto á sucumbir al superior número de contrarios, exclamó desde su caballo:

—¡Cuartel! ¡Cuartel! No sacrificéis á ese valeroso español.

Y atravesando la multitud, se apeó del caballo, se fué derecho al joven y asiéndole amistosamente de la mano,

(1) Masden califica á este célebre personaje con el nombre de *insigne hipócrita*.

dijo á los suyos con aquella dulce sonrisa que tanto le caracterizaba:

—Este prisionero es mío; en vez de apresarle en son de guerra, acabo de cogerle con el irresistible lazo de la amistad. Vente á mi palacio, prosiguió dirigiéndose al jóven príncipe.

Alucio embainó la espada, y antes de seguir al vencedor romano, no pudo resistir á la tentación de dirigir una mirada melancólica á los balcones de la casa á cuya puerta se habia situado poco antes, con tan valeroso ardimiento. Scipion comprendió que este movimiento por parte del español bizarro, encerraba algun misterio, pero disimuló, y haciendo como que le habia pasado desapercibido este incidente, condujo al jóven al palacio de Magon, á la sazón de su pertenencia, con la mayor afabilidad.

Despues que penetraron en un hermoso recinto seguidos de una brillante comitiva de romanos, Scipion interrogó al príncipe de Cartagena, del modo siguiente:

—¿Quién te ha impulsado valeroso mancebo, á emprender tan obstinada y desigual defensa á la puerta de aquella morada?

—General, repuso Alucio con aspecto de noble orgullo; no es á tí á quien debo rebelar la causa que origina los impetus interiores de mi corazón. Ya has debido suponer, que algun motivo poderoso me imponia el heroico deber de regar con mi propia sangre el tránsito por donde tenian que pasar mis enemigos para penetrar en la mansion de mis ensueños, hoy funesto recinto de mis esperanzas malogradas.

—Bien, dijo Scipion quitándose el casco y dándole á uno de sus servidores; pero al fin, lejos de perecer en medio de tu loca obstinacion, mis palabras han sido para tí un objeto de irresistible atraccion, y abandonando el puesto que ocupabas, la mansion de tus ensueños queda en este instante en poder de mis tropas vencedoras.

—¡Ah! exclamó Alucio dando á su semblante una expresion de cólerica indignacion... Creí salvarla todavia pidiendo tu clemencia, no para mí, para ella.

—¿Y quien es ella?

—Mi Ermengarda, la diosa de mi corazón, de este corazón que ha combatido en los campos para hacerse digno del suyo.

—¿Es tu esposa?

—No; tu repentino asedio, ha paralizado nuestras bodas.

Un ruido de pasos suspendió el diálogo: en el aposento de Scipion, acababan de penetrar un decurion acompañado de una hermosa jóven y un anciano.

—¡Ermengarda! exclamó Alucio al reparar en la muger que conducian.

—¡Príncipe! dijo Ermengarda al ver á Alucio.

Un momento de silencio sucedió á esta casi simultánea exclamacion de los amantes.

Ermengarda, no estaba irritada como Alucio, ni temblaba como el anciano que la seguia; sus ojos azules y lánguidos no mostraban haber dejado caer una lágrima sobre aquel blanquisimo rostro en que aparecia el simbolo de una paz profunda, y que no revelaba ningun punto de contacto con la atrevida expresion de su futuro; tenia inclinada su cabeza por un impulso de abatimiento: su cabello rubio y ondulado flotaba con descuido sobre su casi desnuda espalda; un suspiro comprimido las mas veces rebosaba de su alma; pero á pesar de su aparente calma, una chispa de furor se dejaba ver en su rápida mirada cada vez que la dirigia al romano, indignada con los sufrimientos de su amante.

—¿Qué me presentais, decurion? preguntó Scipion.

—Esta es, señor, la matrona mas bella y mas ilustre de la ciudad conquistada; es la esclava, que por derecho de conquista os pertenece.

—Nunca podrá imaginarse, contestó el romano, hasta donde llega mi contento, al verme dueño de tan hermosa prisionera.

—¡Señor! exclamó Ermengarda arrojándose á sus pies.

Scipion, mientras que la levantaba con afabilidad dirigió, la vista hácia el príncipe de Cartagena, en cuyo semblante vió retratada la rabia mas esce-

siva; pero haciendo el distraído después de haber colocado la dama á su derecha, se dirigió al anciano que la habia venido acompañando:

—¿Qué pretendéis? le preguntó.

El anciano temblando y lloroso, contestó:

—El cielo me ha dado un solo hijo, que es ese valiente príncipe que acabas de hacer prisionero.... Respeta, vencedor, sus virtudes militares; no le sacrifiques al rigor de tu venganza, porque defendiendo á Cartagena, no ha hecho otra cosa mas que cumplir con el



deber que le imponian las leyes de nuestra patria.

—He conquistado la plaza, y haré justicia, repuso Publio Cornelio con afectada sequedad.

—Si tu justicia reclama mi cabeza, interrumpió Alucio, despréndela cuando quieras.

—¡Ah! ¡no! exclamó Ermengarda.

—¿Quieres oro por su rescate? preguntó el anciano.

Scipion, quedó pensativo un corto momento, y dijo después.

—Dadme el oro que tengais en este instante.

El anciano, arrojó sobre la mesa una cajita llena de monedas, y Scipion co-

locando juntos á los futuros, continuó:

—Os he dicho, que como conquistador haria justicia, y voy á dar principio. Te he perdonado la vida, Alucio, mas no por eso dejas de ser mi esclavo; para que no puedas otra vez dirigir tus armas contra mí, es preciso ligarte á una cadena que solo puedas romper con la muerte, pero la cadena que te ofrezco, no puede ser mas dulce y deseada.

Y cogiendo la mano de Ermengarda, la unió á la del joven príncipe, que no pudo menos que contemplar con admiracion aquel rasgo de extraordinaria generosidad.

—Este oro, prosiguió el romano, que acaba de ofrecerme tu padre para tu

rescate, sea el dote de tu cara esposa, y en prueba de mi afecto, quiero ser uno de los convidados á los festejos de vuestras nupcias.

Alucio y su padre besaron la mano del bienhechor, y al poco tiempo presentó el primero á Scipion mil cuatrocientos caballos para que los uniese á sus valientes tropas. No tardó mucho en propagarse por toda España este sublime rasgo del caudillo de Roma, y admirando sus virtudes se pronunciaron á favor de una república que producía unos hombres tan heroicos.

Scipion con su grande penetracion, no desconocia la singular estima en que tenían los naturales de España el honor de sus mugeres, y desde luego pensó que esta generosa resolucion debia atraerle gran número de prosélitos.

Ademas, devolvía sus haciendas á los ciudadanos, siendo tan generoso con los vencidos, cuanto cabe serlo en un conquistador. Este acuerdo proceder mas que el valor de sus legiones, contribuyó á sus futuros trofeos.

Engrosado el ejército de Scipion con estas alianzas, consiguió sucesivamente tres victorias contra los Asdrubales, por lo que viéndose destruidos los car-

tagineses en todas partes, y sin tropas ni dinero, solo fundaron su esperanza en el numeroso ejército que Asdrubal el Barcinonense conducía á Italia para reforzar á su hermano Anibal que tenía intentos de sitiar á Roma; mas estos dos cuerpos de tropas no lograron estar juntos, por haber sido derrotado el ausiliar antes de pisar el suelo italiano.

Scipion pasó despues al Africa, donde derrotó completamente el último ejército de Anibal en una batalla muy reñida; regresó á España con su triunfo, y fué seguidamente acometido de una grave enfermedad, durante la cual se levantaron algunas tribus españolas reclamando su primitiva independencia; pero mejorado el caudillo de Roma, no le fué muy costoso reprimir la sedicion, y pasó á ganar á Cadiz, primera y última posesion de la república africana en la península. Los pocos cartagineses que habian quedado en España huyeron precipitados, dando el último adios al suelo que por espacio de trece años habia sido el teatro de sus frecuentes contiendas, y donde nuevos invasores pensaban hacer mas larga su residencia.

I. A. BERMEJO.

APUNTES MORALES.



LA CIMITARRA DE ABEM-ALHAMAR.



El 16 de julio de 1212 fué un día de completo júbilo para las tropas cristianas que combatian contra los africanos: la famosa y siempre memorable batalla de las Navas de Tolosa, fué para los musulmanes un terrible acaecimiento, porque quedó su dominacion en España tan lastimada y débil, que de sus resultados tuvo indudablemente su acabamiento.

Luego que los cristianos se prepararon á la lid con devotas oraciones, y recibieron el santo Sacramento, previa la absolucion con la indulgencia general concedida por el Sumo Pontífice, se fueron formando con el mayor orden, y esperaron que Dios les concediera el honor de la victoria. Mohamed, el noble caudillo de los ejércitos enemigos, habia tambien formado su ejército á uso de los Almohades, situándose él en la desde aquel día inmortal llanura de las Navas de Tolosa. Cuando estuvieron terminados los preparativos de la pelea, salió el sultan de su tienda

revestido de un manto negro, el cual solia llevar á las batallas su predecesor Abdel-Mumen, y conduciendo en una mano el Alcoran, y en la otra una inútil cimitarra, esto sirvió de señal para que diese principio el combate.

Al punto se pusieron en movimiento las alas de ambos egércitos beligerantes, y envistiendo los centros á la par se generalizó la batalla: los caballeros de Calatrava fueron los que alcanzaron la grande gloria de hacer cejar y desbaratar la vanguardia de los infieles, siendo muy grande el número de musulmanes que tuvo que sucumbir. Ultimamente fué segura la perdición de los africanos y completa la victoria de los cristianos. Sin embargo Mahomed seguia en su tienda y sentado en su escudo cuando los vencedores se iban acercando; llegó un alarbe á suplicarle que mirase por sí, y el sultan respondió aquellas palabras tradicionales.

—Alá solo es justo y poderoso, y el diablo es falso y pérfido.

Pero el alarbe que traía del diestro una mula firme al par que ligera;

—Príncipe de los fieles, dijo al monarca, ¿no ves á los tuyos muertos ó puestos en vergonzosa fuga? ¡Hágase la voluntad de Alá! Cabalga en esta mula que es mas veloz que los pájaros del aire, ó que la saeta que por él atraviesa, pues nunca fué falsa al ginete, y ponte en salvamento, que de la tuya depende la salvacion de nosotros todos.

Mahomed montó en el animal, y el alarbe que le aconsejó la fuga, cabalgó en el caballo del monarca y no pararon de correr hasta entrar en Baeza. El campo quedó cubierto de cadáveres musulmanes: llegó la noche acompañada de su oscuridad y de su silencio y en la falda de una pequeña altura, un soldado cristiano que yacía tendido á consecuencia de un fuerte golpe que recibió en la cabeza con una cimitarra, que mas bien le trastornó que le hirió, fué poco á poco incorporándose, y mirando en su derredor, no vió mas que musulmanes que habian pasado á la eternidad.

—¿Dónde estoy? se preguntó el soldado.

Llevó la mano por todo su cuerpo y no encontrándose ninguna herida exclamó:

—¿Por qué habré yo caído en este sitio?... ¿y mi caballo? ¿y mi espada?

A este tiempo sintió su frente humedecida, y acercando á ella la mano vió que se habia mojado.

—Esto es sangre; mi herida debe estar en la cabeza.

Con efecto, allí se la encontró.

—No debe ser muy profunda cuando vivo todavia, continuó; pero fuerza es sugetar esta sangre que baña mi rostro.

Inclinóse un poco á la derecha y asíó con fuerza el turbante de una de las victimas africanas que tenia á su lado, y habiéndole desarrollado, no tardó mucho en rajarle y hacerse vendas para impedir que saliese mas sangre de su cabeza. En seguida desató el pequeño cuerno que llevaba en su costado pendiente de una cadenita de acero, y bebiendo un poco de vino que le habia quedado, sintió que sus fuerzas se reanimaban, y que aun tenia aliento para emprender la marcha que debía conducirle á su campamento. Pero la grande oscuridad que reinaba en aquel sitio y la debilidad de su cabeza no le permitian acertar con la vereda que debía seguir. Sin embargo, con bastante trabajo habria andado como unos doscientos pasos, cuando oyó los quejidos de una voz apagada y débil que sonaba hácia su derecha. El castellano se detuvo y asegurándose del lado de donde procedian los lastimeros acentos encaminó sus pisadas hácia aquel sitio para ver quién era el obgeto de tan repetidos sollozos.

Al poco tiempo distinguió el soldado una tienda de campaña escesivamente apartada de las demas que estaban situadas en la llanura por donde transitaba, y conoció que la persona que se quejaba estaba dentro; aceleró su paso y penetró en la tienda; mas cuál seria la sorpresa del cristiano al vislumbrar á través del macilento resplandor de la luna que asomaba ya por oriente, un morito de corta edad que arrodillado entre varios escudos y con sus brazos cruzados, no se le oia decir

entre sus continuos sollozos otra cosa que:

—¡Oh Alá! ¡Oh Alá!

Este pobre niño, al ver al cristiano se puso de pie, y abrazándose á su muslo comenzó á llorar con mas descon-suelo, hablando en su espresivo idioma y el que no comprendía el cristiano, pero por eso no dejó de conocer, que aquella criatura imploraba su socorro.

—¿Porqué te han abandonado? ¿Donde están tus padres?

Preguntas inútiles, porque el niño no las entendía. El morito, cogió de la mano al soldado, y sacándole fuera de la tienda, señalaba hacia el sitio por donde habia visto emprender la fuga á los mulsumanes, como queriéndole significar que por aquel lado habia marchado el autor de su existencia, al par que le tiraba de la mano, en ademán de inducirle á que le llevara por aquel camino. El cristiano que comprendió lo que el pequeño alarbe deseaba, le respondió.

—¿Donde me llevas hijo mio?... ¿Quieres que esta generosa accion me cueste la vida? Los enemigos de mi ley están irritados con la pérdida de la batalla, y juntos vengarán con mi sangre la mucha que han derramado sus compatriotas.

Mientras tanto, el niño que nada escuchaba, seguía con tenáz empeño queriendo conducir á su protector al enemigo campamento,

—Ven á mi casa, decía el militar, recibe los auxilios de un cristiano que acaso encuentre un medio seguro para conducirte al lado de tu padre, si es que no ha muerto en la refriega.

Por último á fuerza de ruegos y repetidas caricias, el inocente africano se dejó conducir por su aparecido protector, el cual al ver que por todas partes donde transitaba no encontraba mas que cadáveres exclamaba:

—¡Por Jesus crucificado, que la accion debe haber sido sangrienta! Por cualquier lado que diriji mis pasos, no hallo mas que turbantes, y por milagro reluce una coraza y un casco. ¡Ah! ¡La causa del Nazareno ha quedado victoriosa en este día!

No bien habia acabado de hacer estas reflexiones, cuando sintió ruido á su derecha, volvió la cara y vió venir un caballo ensillado á estilo oriental, pero sin ginete.

—¿Qué es esto? preguntó el cristiano; algun desventurado mulsuman ha sido victima de este hermoso animal.

Efectivamente, el caballo era de preciosa estampa, y por los arábigos jaeces que le adornaban, se presumía que su ginete no era en el ejército de los infieles de escasa graduacion.

El caritativo soldado, soltó al niño por un momento, y encaminó sus pasos hacia el corcel estraviado con intento de asirle por la brida, pero no tuvo mucho que trabajar para lograrlo, porque el mismo animal, cuyo instinto parecia decirle que era preciso que tuviese un dueño, se fué poco á poco acercando al cristiano y este le cogió al par que acariciaba su pescuezo.

—Perdí mi alazán, dijo, pero el cielo me ha deparado otro mejor, y el que se me ha aparecido viene muy á proposito, porque me siento debil, para poder soportar todo el camino que tengo que atravesar hasta llegar á mi casa. Ven, hijomio, prosiguió dirigiéndose al pequeño mulsuman; mi Dios, y no el tuyo, nos ha proporcionado este caballo á fin de que lleguemos mas cómodamente al punto que deseamos.

Y diciendo esto, cogió al niño en sus brazos y le montó en el alazán, quien pareció regocijarse con la carga que recibía. En seguida el cristiano puso un pié en el ancho estribo y cabalgó, llevando delante y con la mayor ternura al niño encontrado.

—¡Qué contenta ha de ponerse mi Maria, iba diciendo al par que marchaba, cuando me vea entrar acompañado, de este inocente; ella que tiene un corazon tan compasivo!... ¡Cómo ha de cuidarle! creo que no se asustará cuando vea mi cabeza vendada; estoy vivo, la herida no presenta gravedad, porque aunque me siento débil, es por la sangre que he perdido.

El morito suspiraba de vez en cuando, acompañando este desahogo de su pecho con una significativa exclamacion hacia su Alá.

Poco trecho habrían andado de esta manera, cuando el cristiano distinguió su morada á través de la brillante luna que ya se había mostrado en el horizonte con todosu esplendor. La casa del soldado estaba situada á muy corta distancia de la población conocida con el nombre de las Navas de Tolosa, en un parage solitario, pero ameno y delicioso. Este soldado, que hasta ahora no hemos dado á conocer por su nombre, se llamaba Diego Ruiz, rico vecino de las Navas, que instigado por el escesivo amor que tenía á su patria y á la fé de Cristo, en aquellos dias de efervescencia popular, y en los que tanto se hablaba de la batalla que hemos indicado, se alistó en los tercios voluntarios, y se despidió de su hija María para coadyuvar con sus cortas fuerzas á la grande accion que se dió contra los infieles.

Cuando Diego Ruiz llegó á la puerta de su casa, y se apeó en compañía de su africano protegido, extrañó en gran manera que nadie hubiese salido á recibirle. No obstante, con la mano izquierda cogió las riendas del caballo, y con la derecha el brazo del inocente, y así entró por la puerta de su casa, porque la encontró solamente entornada, y esto contribuyó á duplicar su sobresalto.

—¿Qué ha sucedido en mi casa? se preguntó.

Dejó el caballo en el zaguan, y entró en una pequeña habitacion donde no vió otra cosa que los muebles y una lamparilla ardiendo que alumbraba una estampa con la imágen de una dolorosa á los pies del Crucificado.

—¡María! gritó con voz atronadora, ¡María!... ¡Anacleta!

A este tiempo oyó un quejido lejano. Diego entonces encendió una luz en la lamparilla, y lleno de agitacion comenzó á registrar todos los aposentos; pero no encontrando á nadie, proseguía gritando.

—¡María! Anacleta!

—Aquí, señor Diego; en el desvan; venid á socorredme, dijo la débil voz que poco antes se había quejado.

Diego Ruiz no se detuvo en subir una angosta escalera de palo, en

la cual halló una cimitarra sin vaina.

—¿Qué es esto?... ¡Oh! los africanos han entrado en mi casa.

Y diciendo esto penetró en el desvan, donde vió á una muger anciana fuertemente atada á la reja de una pequeña ventana.

—¡Anacleta! exclamó Ruiz; ¿qué alma vil y traidora te ha puesto en tan lastimosa situacion?

—Desatadme, señor Diego, yo os contaré cuanto ha pasado.

Mientras que Ruiz cortaba los cordelles con la misma cimitarra que se había encontrado en la escalera, no cesaba de preguntar.

—Pero, ¿y mi hija María? ¿dónde está mi María?

—Bajemos, señor Diego, yo os lo contaré todo.

Anacleta y Ruiz llegaron á la estancia donde estaba el pequeño africano, el que visto por Anacleta, esta no pudo menos que exclamar.

—¡Ah! un alarbe; aborrezco á todos estos infieles.

—Es un pobre niño que me he encontrado desamparado; él no tiene la culpa de haber nacido de padres infieles, ten caridad de él como yo la he tenido, pero antes de todo dame cuenta de lo que has hecho de María, de esa querida hija que dejé encomendada á tu cuidado.

—Señor, por mas doloroso que me sea, es preciso decirlo todo.

—¡Acaba! dijo Diego con impaciencia.

—Poco antes que se generalizase la derrota de los musulmanes, entró en vuestra casa uno de gallarda presencia y ricamente vestido, pidiéndonos un poco de agua. María, siempre buena y compasiva aun con sus propios enemigos, apagó la sed del africano, el que al tiempo de tomar la jarra dirigió sus centellantes ojos negros hácia la hermosa María, y al devolver la jarra la dijo:

—Alá te premie, hermosa nazarena, el auxilio que acabas de darme; hermosa mia, sigue á este tu enamorado caballero y serás la reina de su palacio; te hará la sultana. María le dijo que se ausentára, el alarbe prosiguió con tenaz empeño queriendola seducir, y entonces yo le

dije con aspereza que saliese corriendo por la puerta por donde habia entrado. Obedeció el musulman que se ausentó volviendo la cara y clavando los ojos en Maria; habria transcurrido una media hora, cuando violentaron nuestra puerta, y vimos entrar al mismo africano acompañado de otros tres y con las cimitarras desnudas; yo empecé á gritar, pero me tapan la boca, y conduciéndome al desvan, el apasionado de Maria me ató fuertemente á la reja....

—¡Basta! ¡basta! exclamó Ruiz con el furor mas desmedido... Han robado á mi hija esos traidores, y yo que he tenido un alma tan compasiva para prestar mis socorros á un hijo de los contrarios que aborrezco... Tu sangre, desventurado niño pagará el villano proceder de esa gente ruin.

Y alzando la cimitarra que tenia en su mano, iba á descargar el tremendo golpe sobre la cabeza de aquel inocente; mas éste como entendiendo por los gestos y ademanes del cristiano la furia que le dominaba, rompió en un amargo llanto y se arrojó con los brazos cruzados, y gritando:

—¡Oh Alá! ¡oh Alá!

Fué tal la espresion lastimosa que dió el niño á su moreno semblante, y tal el torrente de lágrimas que se desprendian de sus negras pupilas, que Ruiz, lejos de ejecutar su siniestro intento; dejó caer la cimitarra en el suelo y le abrazó con ternura.

—¡Pobre criaturita! dijo... ¡Qué bárbaro iba á ser contigo!... Vive, vive, y á falta de padres aquí me tienes.

Anaclea dió de cenar al niño con la mayor ternura, y Ruiz despues de haberle echado un pienso al caballo, pasó á recogerse á su habitacion, prévia la segunda cura de su herida; pero este hombre lastimado en lo mas íntimo de su alma, en vez de hallar el sueño que necesitaba, recorria su habitacion como un demente y exclamando:

—¡Pobre Maria! Ya que tuve la desgracia de perder á mi querida esposa, tú que dulcificabas mis instantes de amarguras, tambien te apartas lejos de mí... ¿Y he de vivir solo, sin mi hija? No.

De repente, Diego se quedó parado en medio de su cuarto, y como ilumi-

nado por un gran pensamiento busca la cimitarra que se habia encontrado en la escalera, y despues de examinarla á los reflejos de la débil luz artificial que alumbraba su aposento, la esconde debajo de sus vestidos; ensilla el caballo, llama á Anaclea y le pregunta por el pequeño alarbe.

—Venid, le dijo Anaclea.

Entran en otra habitacion, y le encuentran tendido en una cama y disfrutando el sueño mas tranquilo y apacible.

—Es preciso despertarle antes que amanezca, dijo Ruiz.

—¡Cómo! ¿Qué vais á hacer, señor Diego?

—A rescatar á mi hija; á presentarme en el campamento africano y buscar á los padres de este niño, los cuales agradecidos á mi buena accion, acaso influyan para que me devuelvan á mi Maria.

Con efecto, despertó al niño y ambos montaron en el caballo, dirigiéndose camino recto hácia Baeza. Amanecia el dia 17 cuando Ruiz empezó á distinguir las torres de dicho pueblo.

—¿Qué me sucederá? pensaba el soldado ¿A quién debo presentarme primero?

Al poco tiempo vió Ruiz que se acercaba al campamento africano; estos, á causa del escesivo calor, habian acampado fuera de los muros de la poblacion, y á muy corta distancia de la misma habian establecido sus tiendas. Cuando el niño vió este espectáculo y conoció que eran los suyos los hombres que se distinguian, comenzó á batir las palmas de gozo, y Ruiz, dejando caer sobre sus mejillas dos gruesas lágrimas exclamó con acento sentimental:

—¡Pobre criatura! Ya goza con la esperanza de encontrar muy pronto á sus padres, al paso que yo siento en mi alma el tormentoso vaticinio de mi eterna desgracia.

El morito con el objeto de hacer partícipe á su protector del gozo que esperaba, se volvía hácia él y le acariciaba, diciendo algunas frases en el idioma que el entristecido soldado no podia comprender, pero que espresaba mucho el contento del niño.

En este momento volvió Ruiz la cara á su derecha, y vió á un africano que sentado en la tierra sobre su albornoz y debajo de un árbol, escribía en un elegante libro. Diego tiró de las riendas del alazan, y quedó un gran rato suspenso contemplando la estremada aplicacion del moro que no levantaba la cabeza para nada. Ruiz, guió el caballo hácia aquella parte y cuando estuvo cerca del africano referido, se apeó dejando al niño montado y entregándole las riendas.

—¡Africanol dijo Diego al que escribía.

Este levantó la cabeza y dejó ver la hermosura de su rostro.

—¿Entiendes el habla castellana? preguntó Diego.

—Sí, ¿Qué quieres?

—Pedirte una gracia.

—Yo no concedo gracias á mis enemigos, vete, y déjame concluir.

—Sé compasivo á mi ruego, musulman; aleja el fatal recuerdo de vuestra derrota, y escucha benigno los lamentos de un padre desconsolado.

—Y bien, ¿Qué quieres? preguntó el alarbe con ceño.

Ruiz le contó la amarga historia, la que el musulman no pudo escuchar sin ponerse pálido.

—Bueno, dijo el moro; los africanos te han arrebatado á tu única hija. ¿Y piensas que soy yo quien pueda devolverla ni quien pueda encontrarla en medio de un ejército tan numeroso?

—Sí, repuso Diego, yo te suministraré el medio... Yo no se leer ni escribir, sino, de seguro no te molestaria. Pon en mi nombre una carta á Mohamed manifestándole mi generosidad con ese niño, á quien he suministrado todo género de auxilios, y añade que en recompensa de tan buena accion, procurre hallar á mi María y que me la devuelva. El niño á quien he protegido, será el portador de ese billete, y tu monarca, al ver el inocente emisario que intercede por mí, no podrá menos de condolerse y acceder á mi paternal solicitud.

El mulsuman, arrancó una hoja de su libro, y en lugar de escribir lo que Ruiz solicitaba, puso en caracteres arábigos estas pocas palabras.

«Mi soberano señor, principe de los

«súbditos de Alá: manda á diez de tus guerreros al árbol donde anoche descansastes y tuve la grande honra de encender tu pipa, y donde tengo un cautivo de gran cuenta, que es necesario conducir á la picota; Abem-Al-hamar.»

—Toma, le dijo despues que concluyó; entrega la hoja al portador.

Diego Ruiz dió la hoja al niño, y Abem-Alhamar le dijo de paso en su idioma.

—Antes que ver á tus padres lleva el escrito al monarca.

El niño despues que le apearon del caballo partió corriendo al campamento alarbe, y en vez de buscar á Mohamed como le habian encargado, preguntó por su padre á varios soldados que encontró al paso, los cuales le condugeron al sitio donde se hallaba. Este cuando vió á su hijo le abrazó tiernamente, á la par que recibía el escrito que le presentaba, el cual leído por el mulsuman é informado de la situacion del cautivo que comprendió por lo que el niño le dijo que era protector de aquel inocente, exclamó.

—No, no será nuestro cautivo; yo hablaré á mi soberano para que le ponga en libertad; su generosa accion merece una recompensa.

El regocijado padre pasó á la tienda de Mohamed, y arrodillandose con su hijo entregó la hoja de Abem-Alhamar, suplicando que no fuera válida la cautividad en vista del noble y generoso comportamiento que habia tenido con su hijo.

Mohamed salió de su tienda seguido de una lujosa comitiva, y cogiendo al niño de la mano dijo á los que le rodeaban.

—Vamos al sitio donde está el cautivo; sepamos quién es, y la verdadera historia de este suceso.

No tardaron mucho en llegar al parage mencionado, donde vieron á Abem-Alhamar escribiendo en su libro y á Diego teniendo al caballo por la brida. Cuando el musulman que escribía vió llegar al mismo monarca y acompañado del niño y su comitiva, se arrodilló.

—¿Quién es el cautivo? preguntó Mohamed.

—Ese que miras á mi izquierda y que ase de la brida al alazán.

—¿Le conoces?

—No, mi señor.

—Tu escrito me dice que es cristiano de gran cuenta, y mal puedes asegurarlo cuando no le conoces.

Abem-Alhamar no respondió nada.

—¿Por qué le has querido conducir á la picota?

—Porqué no profesa nuestra fé.

No obstante, su corazon es magnánimo, y yo quiero darle una prueba de su buena accion. Ven cristiano, dijo á Ruiz en español el monarca africano; quiero darte una recompensa por tu buen comportamiento.

—No deseo mas, quello que solicito en la hoja que habrás recibido.

—Esta hoja, repuso el musulman me dice que te haga cautivo y te conduzca á la picota.

—¡Traidor! exclamó enfurecido Ruiz lanzando una mirada de fuego sobre Abem-Alhamar. Yo he pedido que me devuelvan á mi hija María que existe en el campamento africano; que ayer me la robaron.

Mohamed miró á Abem-Alhamar con falsa sonrisa y le dijo: ¡Mal corazon tienes en verdad!

—Señor, era nuestro enemigo.

El monarca cogió de la mano á Ruiz y le dijo: pides á tu hija; yo te la devolviera, cristiano leal si no fuese tan difícil hallarla en medio de un ejército tan numeroso.... Yo te aseguro que no engalanaria su serrallo con su nueva cautiva... Pero al menos sé que se llama María, que será oriunda de las Navas de Tolosa, y acaso mas tarde pueda indagar su paradero.

—Esa dilacion es insoportable para mí, repuso Diego: concédeme, recorrer tu campamento, déjame registrar todas las tiendas una por una, que un padre se encuentra con la suficiente confianza para hallar el hijo que ha perdido.

Si tuvieras alguna señal.... observó Mohamed.

—¿Señal? Si, tengo una, dijo de pronto Diego.

—Veamos, repuso el alarbe.

Ruiz comenzó á desatar los cordones que unian su ropilla, y sacó de su pecho

una rica cimitarra que llevaba oculta.

—Esta cimitarra la encontré en la escalera de mi casa.

Mohamed cogió la cimitarra y después de haberla examinado escrupulosamente, fijó su mirada en el rostro de Abem-Alhamar que habia palidecido.

—Observo una cosa Alhamar.

—¿Que observas príncipe?

—Que tu cuerpo solo ciñe en este momento la baina de tu cimitarra; probemos esta; toma ocúltala en esa baina.

Abem-Alhamar, cogió la cimitarra temblando y la embainó, y el monarca prosiguió:

—Los adornos de su empuñadura, corresponden y armonizan con las labores de la baina.

El africano que conoció que habia caído en la red, se echó á los pies del monarca pidiendo el perdon mas humillante.

—¿Donde está mi María? preguntó Ruiz que comprendió al instante el significado de esta escusa.

—Yo te la entregaré, padre justamente ofendido... Venid todos á mi tienda y devolveré á la hechicera cautiva dijo Abem-Alhamar.

A los pocos instantes, Ruiz abrazaba á su hija, en medio de los mayores trasportes de alegría, y ya se disponia á marchar con su querida prenda, cuando Mohamed le detuvo diciéndole:

Aguarda, que no lo has presenciado todo.

Abem-Alhamar que se vió perdido, quiso adular á su soberano, y presentándole el libro en que poco antes habia estado escribiendo, le dijo.

—Príncipe de los fieles, hágotedonacion de la historia de esta grande batalla. En ella digo que el soberano mas justo la perdió pero que su grande honor quedó intacto.

—¿Has escrito todos los acontecimientos de la batalla? preguntó Mohamed.

—Todos, príncipe.

El monarca cogió el libro, y echando una ojeada por cada una de sus páginas, continuó:

—Falta un suceso y ese quiero dictarle yo: escribe para que vaya de tu misma letra.

Abem-Alhamar se dispuso á escribir, y el alarbe soberano dictó:

«En tanto que el grande Mohamed huía lastimado de su infortunio por la pérdida de su batalla, uno de sus servidores robaba una hermosa aldeana nazarena para con ella enriquecer su serrallo, pero Mohamed, siempre justiciero, devolvió la linda niña al padre que la reclamaba, y mandó que la misma cimitarra del raptor, sirviese para cortar su cabeza.»

—¡Príncipe! exclamó de pronto el que escribía.

—¡Basta! repuso Mohamed; y esto ha de hacerse ahora mismo.

La sentencia fué irrevocable, pues á los pocos momentos se había verificado este último acto de justicia que dictó el derrotado príncipe de los Almohades.

El niño quedó complacido al lado de su padre; Maria corrió con Diego Ruiz gozosa por habersalido de su cautiverio, y Mohamed experimentó una satisfacción por lo que su recto juicio le había dictado en aquella ocasión.

I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA CAPILLA DEL EMIGRADO.

No á mucha distancia de Sevilla, existe el monasterio de Gerónimos, titulado de San Isidro del Campo, vulgarmente conocido con el nombre de Santiponce. A un cuarto de legua de este delicioso parage y en una especie de solar, cuyos límites riegan las abundantes aguas del poético Guadalquivir, hay una modesta capilla de arquitectura moderna construida con suma sencillez; pero su aislada situación y su mediana altura la presentan como la reina dominadora de aquella dilatada campiña, donde apenas hay un árbol, ni algun otro objeto arquitectónico que se atreva á disputar la soberanía. Sin detenernos en hacer una minuciosa descripción de este edificio, porque sus formas son demasiado vulgares para que merezcan este trabajo, diremos que está cimentado sobre un charco de sangre, y que su origen, por ser poco conocido aun entre los moradores de aquellas cercanías, es el que nos proponemos revelar, seguros de complacer en ello á nuestros jóvenes lectores.

En el año 1823 ocurrió en España un cambio político, que bien podíamos calificar de funesta reaccion: desde 1820 regia al código formulado por las cortes el año 12; pero los escesos y exageraciones de los mismos partidarios de este código, por una parte, y la guerra que la corte y los adictos del antiguo régimen le hacían por otra, pusieron la nación en un estado lastimoso de anarquía, de cuyas resultas las provincias extranjeras decidieron la intervencion armada. Penetraron los franceses al mando del duque de Angulema en España por el mes de abril, y la corte y el gobierno se trasladaron desde Madrid á Cádiz, donde permanecieron hasta fin de setiembre que se entregó la plaza por capitulación á las tropas franceses. Desde entonces los liberales, es decir, los partidarios de la Constitución de 1812, fueron perseguidos en todas partes con inaudito encono, y solo emigrando á países lejanos, pudieron librarse de una muerte segura ó de una prision perpetua, principalmente aquellos que habían ejercido alguna influencia durante la época constitucional.

Cerca de Santiponce existía, por este mismo tiempo la humilde residencia de un cura al cual socorrian los frailes

gerónimos del monasterio mencionado. Anchos celages de púrpura bañaban la parte occidental del firmamento anunciando la ausencia del sol, un hermoso día de otoño, y á esta misma hora entraba en su pobre morada el digno eclesiástico, en la cual le esperaba la señora Margarita, muger de unos treinta y cinco años, y la que contenta en medio de su pobreza, no omitía nada de cuanto podía contribuir á hacer mas cómoda la posición del buen sacerdote. La señora Margarita acababa de preparar la cena que se componía de una regular ración de carne de vaca estofada, á cuyo sazonado alimento se añadían unas cuantas ruedas de patatas, todo esto guisado con tal habilidad, que el cura al entrar, no pudo menos que sentir un olor delicioso y esclamar:

—Alabada sea la Divina Providencia, Margarita, ¡Qué olor tan exquisito!

—Dios venga en su compañía, contestó el ama; parece que el olorcillo le incita, ¿no es verdad?

—Ciertamente, hermana; ya la he dicho muchas veces que sus manos son divinas para guisar.

—¡Ah! pues luego verá su merced, el plato de remolachas cocidas que tengo de presentarle, aderezado con su poco de aceite y su poquita de cebolla.... su merced no esperaba esa ensaladita, ¿es verdad?

—No á fe mía, repuso el cura; creí que nuestro guisado sería el único plato que tendríamos esta noche por sustento.

Unas cuantas campanadas que sonaron en el monasterio inmediato, anunciaron á nuestros interlocutores quedaba la oración. El cura se quitó el solideo, el ama cruzó las manos, y con la mayor devoción se rezó el *Angelus domini*. Acabado esto corrió Margarita á la puerta y la cerró y ayudada de la luz artificial que se componía de un cabo de vela encendido colocado en una palmatoria de metal, tendió el mantel sobre la mesa y puso los platos y dos cubiertos de estaño, pero limpios como la plata.

Aun no habían comenzado á cenar cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién será á estas horas? preguntó Margarita, cubriendo con otro plato el que contenía el guiso. Ahora sabremos quién nos viene á molestar.

—Acuda pronto, no sea algún moribundo aldeano de la comarca que desee mis socorros.

—¿Quién? preguntó Margarita aplicando el oído á la cerradura.

—Habrá vd. señora, contestó la voz de un hombre.

—¿Quién es vd?

—Un desgraciado.

—Pero, ¿qué se le ofrece á vd?

—No es este sitio en que debo manifestarlo; tenga vd. caridad de un pobre y despues sabrá quien es.

—Abra, hermana Margarita, dijo el cura, que desde adentro lo había estado escuchando todo.

El ama, retrocedió asustada; y añadió dirigiéndose al eclesiástico.

—Padre, puede ser este hombre el salteador de caminos que no abandona estas cercanías con su compañera la gitana que hace mal de ojos.

—¿Quién? ¿El Rayo y la gitana?

—Sí señor.

—No tenga miedo, hermana Margarita; las puertas de mi casa deben abrirse para todo el que reclame mis auxilios.... Además, que nada tienen que robarnos.

El que estaba por la parte de afuera volvió á llamar, y el venerable sacerdote, conociendo el temor de Margarita cogió la llave y abrió. A este tiempo entró un hombre de alta estatura, ciñendo un ropage despedazado y lleno de barro con una escopeta debajo del brazo y un par de pistolas colgadas de la cintura, todo lo cual cubría con una capa de paño burdo, pero muy destrozada; el cura cerró la puerta despues de mandarle entrar, y á través de la escasa luz de la palmatoria, se pudieron distinguir sus facciones en nada semejantes á las de un facineroso.

—¿En qué puedo servirle, hermano? preguntó el cura.

—Por el pronto dándome de cenar por que me muero de hambre; despues que tome alimento acaso me atreva á pedirle otro favor.

—Dios sea con nosotros, dijo Marga-

rita entre sí, es el Rayo, no hay duda, y este buen señor vá á ser víctima de su bondad y yo víctima tambien de....

—Vamos Margarita, dijo el cura, cenemos puesto que el señor tiene necesidad....

—Y mucha prisa, señor cura, porque me persiguen.

—¡No lo dije! exclamó Margarita involuntariamente.

—¿Qué ha dicho vd. buena muger? preguntó el desconocido.

—Nada, replicó Margarita temblando, nada; decia, que pensaba.... que á vd. no le perseguirian.

—¡Pues si señora, me persiguen y no lo siento por mí, sino por otras tres criaturas!...

—¡Sus compañeros! decia Margarita por lo bajo.

Durante este diálogo se habian sentado á la mesa, y el forastero, mejor que comer, devoraba la escasa cena del buen eclesiástico y su ama.

—¿No está vd. solo? preguntó el cura.

—No señor; me acompañan mi muger con un niño de pecho y una niña de cuatro años.

Margarita hizo un movimiento como para respirar con mas desahogo.

—Hemos tenido que salir de Sevilla, á todo escape y despues de haber andado errantes por estas cercanias, sin hallar apenas con qué sustentarnos, hoy ha sido el día de nuestro mayor conflicto, porque nos han asegurado que una partida de soldados sabedores de nuestra residencia en estos lugares nos andan buscando; hemos estado ocultos en una profunda cueva todo el día, mas esta guarida no pasará mucho tiempo sin que sea descubierta por nuestros enemigos.

—¿Con qué dice vd., interrumpió Margarita al huésped, que un niño de pecho y una niña de cuatro años, viene en compañía de vd?

—Si señora.

—Eso ya es otra cosa; respondió el ama, ¡pobres criaturas!... ¿y están en la cueva todavia?

—No, repuso el desconocido, esperan mi vuelta en una llanura situada á corta distancia de este sitio.

Margarita entonces se levantó, y

marchando á otro aposento volvió pronto con una hogaza de pan y tres chorizos.

—Tome vd. amigo mio, añadió Margarita, lleve vd. á su familia este escaso alimento.

—Margarita, interrumpió el eclesiástico, es preciso hacer el favor por completo.

—¡Como, señor!

—Recojamos á esa pobre madre, á fin de que nuestro amigo pueda cómodamente emprender su fuga á lugares mas apartados.

—¡Gracias! ¡gracias! venerable anciano, exclamó el fugitivo, besando la mano del sacerdote, eso precisamente es lo que yo venia á solicitar de vd.... prolongaba el momento porque temia una resuelta negativa, pero ya que es vd. tan humano y se dispone á egercer con nosotros su escesiva caridad, nada me queda que decir.... tome vd., prosiguió echando un bolsillo sobre la mesa.

El cura se puso de pie, le recogió y devolviéndole al fugitivo prosiguió:

—Señor mio, dijo, cuando se trata del bien de mis semejantes, estoy acostumbrado á hacerle desinteresadamente; guárdese vd. ese dinero, y use de él como le convenga á fin de hacer mas fácil su fuga.

—¿No quiere vd. tomarle? preguntó el huésped.

—No, amigo mio; no soy ningun posadero y por consiguiente no estoy acostumbrado á vender mi hospitalidad.

—Gracias, venerable sacerdote; veo en vd. un modelo de virtud; pero no quiero prolongar los momentos de dicha para mi pobre familia, porque es en efecto una verdadera dicha, que haya encontrado un albergue donde pueda endulzar los instantes de su estremo abatimiento.

—Si, si, no se detenga vd. hermano, prosiguió el eclesiástico; conduzca á esta morada á esa muger sin consuelo.

El huésped se ausentó al instante, y el cura y Margarita quedaron hablando relativamente á lo que acababa de pasar.

—Pero ¿que ha hecho, señor? ¿Sabe lo que puede sobrevenirle con semejante

hospitalidad? observó Margarita. Ni siquiera sabemos el nombre de este sugeto ni por qué lo persiguen, puede ser un facineroso, puede ser un....

—Sea lo que quiera, nada malo puede resultarme, interrumpió el sacerdote; la caridad debe ser el patrimonio de todo aquel que vista esta insignia.

Y señalaba á su sotana. Mientras esto pasaba en la estancia del cura, el desconocido atravesaba la llanura á toda prisa. Unos cuantos tiros de fusilería se oyeron al cabo de algunos minutos; el cura miró á Margarita y esta al eclesiástico, quedando suspensos un gran rato como queriendo adivinar la causa de aquellos disparos.

—¿Qué será señor? preguntó Margarita.

—Alguna desgracia sin duda respondió el sacerdote... algun encuentro fúnebre... pero veamos.

Y se encaminó hácia la puerta.

—Señor, no se esponga, dijo Margarita de pronto asiéndole de la sotana, ¿quien le manda mezclarse...

Poco antes que el eclesiástico llevara á cabo su resolución se abrió la puerta de pronto, y el desconocido entró sin capa, pálido y cubierto de sangre.

—¡Mi muger!... ¡Mis hijos! exclamó y cayó á los pies del cura.

No bien habia pronunciado estas palabras cuando entraron algunos soldados y un oficial y apoderándose del herido, se lo quisieron llevar, no obstante su estado lastimoso; pero el cura, interponiéndose, exclamó con acento dolorido:

—Señores, por compasion; no puedo consentir que este hombre salga de mi casa sin ningun género de socorro.... está peligrosamente herido...

—¡Bah! ¡bah! dijo el oficial ¿A qué tantos cuidados, si al fin ha de morir?... ¡Curarlo hoy para que mañana mismo le vean los habitantes de Sevilla pendiente de la horca! Eso es una bobada.

Sin embargo, el cura y Margarita hicieron la primer cura á las heridas de aquel desgraciado; cuando éste se vió vendado y algo repuesto de la anterior debilidad que habia experimentado con la pérdida de su sangre, dió las

mas espresivas gracias al sacerdote, y pidió un vaso de agua; el cura no tardó en satisfacer su deseo, y mientras que se inclinaba para darle el agua dió el herido con una voz moribunda.

—Ya vd. sabe....

El cura respondió con un signo de inteligencia: en seguida se llevaron los soldados al herido, y el cura, apesar de las observaciones de Margarita que le manifestaba los peligros y la inutilidad de salir al campo á hora tan avanzada, atravesó una parte de la llanura y buscando con su mirada inquieta á través de la oscuridad, encontró á una muger muerta sin duda por una bala estraviada durante el anterior tiroteo, y á su lado un niño de pecho llorando, y una niña de cuatro años que tiraba del brazo de su madre, como queriéndola despertar, creyéndola dormida.

—Mamá, decia, despierta, que Juanito está llorando.

Queda á la consideracion de mis lectores la sorpresa que Margarita experimentaria cuando vió entrar al cura con dos niños en sus brazos.

—¡Santos y santas del paraíso, exclamó; ¿qué es lo que vá á hacer, señor?

—A mantenerlos, hija mia... mire, mire que guapo, que rubio y que bonito es el ángel de Dios.

Y poniendo á la niña en el suelo y acariciando con su dedo la barba del niño de pechos, decia.

—¡Chiquito! no llores, que ya tienes padre, y Margarita será tu madre.

—Pero señor, decia Margarita; apenas tenemos con que vivir, y será preciso ponernos á mendigar de puerta en puerta para mantenerlos.

—No tema, Margarita; la providencia del Señor...

—A ver, á ver, interrumpió tomando en brazos al niño... Pobrecito; está helado de frio... y ya debe tener mas de seis meses. Felizmente tengo un poco de leche, y no habrá mas que calentarla para dársela á beber.

—Si, si Margarita, contestó el cura sonriendo; cuide de este par de angelitos que en el cielo hallaremos la recompensa.

Y olvidando Margarita su descontento, mecía al niño en sus brazos dándo-

le infinitos besos: después puso la leche á calentar, y al cabo de un rato ya le habia sustentado y acostádote en su misma cama. Ahora faltaba socorrer á la niña de cuatro años, á la cual mientras que se le hacia su cena, la desnudaba y la preparaba una camita provi-

sional, con la ayuda del manto del cura y un gergon de paja.

—¡Qué grande es mi contento, decia el sacerdote regocijado y frotándose las manos, al ver la escesiva ternura con



que patrocina los hijos que la he legadol

—Si, ya lo creo, repuso Margarita, todo eso está muy bueno, pero veremos con que los alimentamos en adelante.

El cura entonces abrió el Evangelio y leyó en voz alta.

«Cualquiera que haya dado á beber un vaso de agua fria á alguno de mis hijos, ó de mis discípulos, puedo aseguraros que no perderá la recompensa.»

—Amen, respondió la señora Margarita.

A la mañana siguiente dió sepultura al cuerpo de la madre de aquellas criaturas á corta distancia del sitio donde fué hallada, y al pie de un antiguo nicho de piedra que encerraba la imagen de una Virgen muy venerada en la comarca.

II.

Diez años despues se habia publicado un decreto de amnistia que permitió volver al seno de sus familias á la mayor parte de los hombres que por causas políticas comian el amargo pan de la proserpcion desde la fatal reaccion de que ya hicimos mérito. El cura y Margarita seguian en su mismo estado de pobreza, pero lejos de abandonar á las criaturas recogidas, las habian prodigado todo género de auxilios y las veian crecer con el mayor contento, atendiendo tanto á su subsistencia como á su educacion. La niña, enterada de la fatal historia de sus padres, porque el cura se la habia referido, iba todas las mañanas desde que tuvo uso de razon, al parage donde su madre estaba sepultada á ofrecer flores á la santa virgen y á rogar á Dios por su alma.

Era un día de invierno, pero el sol de Andalucia brillaba en todo su esplendor, y el cura sentado á la puerta de su humilde morada recibia el benéfico calor de sus rayos al lado de un niño de unos diez años, rubio y de robusto y alegre semblante.

Margarita sentada en el otro lado de la puerta, enseñaba á una jóven cierta labor propia de su sexo; pero en este momento se oyó la rotacion de un coche y el niño lanzó un grito de alegría.

—¡Oh, qué coche tan bonito! exclamó:

Con efecto, el coche era magnífico y venia de Sevilla; se detuvo delante de la casa del cura, y un criado con una librea, se aproximó al anciano pidiendo un vaso de agua para su amo.

—Julia, dijo el cura á la niña, dá un vaso de agua á ese caballero y échale un poco de vino, por si quiere aceptarle.... vé, no te detengas.

El caballero abrió la portezuela de

su carruaje y bajó; este hombre representaba unos cincuenta años.

—¿Son sobrinos de vd. estos niños? preguntó al cura.

—Son mis hijos adoptivos, respondió el sacerdote.

—¡Cómo! preguntó el caballero.

—¡Oh! es una historia que no tengo inconveniente en contársela á vd. porque á todo el mundo se la refiere.

Y en seguida refirió el modo con que habian llegado á su poder.

—¿Qué me aconseja vd. dijo cuando hubo terminado la narracion, para asegurar la suerte de estas criaturas?

—Soy de parecer, que el padre de esos niños, que sin duda vive, teniendo en consideracion los socorros que vd. le ha suministrado, le señale una pension de cuatro mil ducados anuales.

—Señor, he pedido á vd. un consejo, y no para que me responda una chanza.

—Despues será necesario edificar una iglesia en el mismo sitio donde sucumbió la desgraciada madre.

El cura comenzó á mirar á este hombre con particular atencion, y Margarita dijo entre dientes:

—La fisonomia de este caballero no me es desconocida.

—¿Quién es vd. señor? preguntó el cura.

—Soy R***; el mismo á quien ofreció vd. generosa hospitalidad hace cerca de diez años.... aquel á quien curó vd. las heridas... el padre en fin, de estos niños. Los tiempos han variado; entonces buia perseguido por mis opiniones políticas; hoy, gracias á la amnistia concedida por una generosa princesa, soy rico y dichoso, pues me han devuelto todos mis bienes. Venid á abrazarme, hijos míos, añadiendo á los niños los brazos.

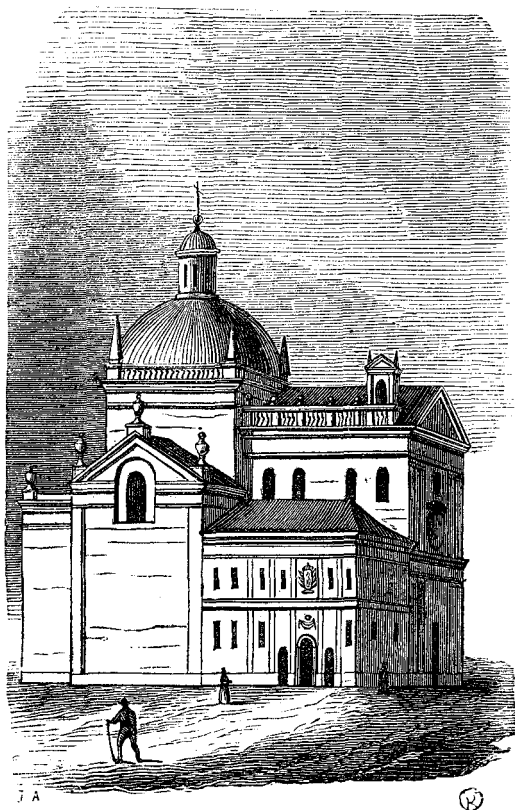
Despues de esta tierna escena, mas fácil de adivinar que de describir, el padre alargó la mano al cura y apretándosela con emocion.

—Y bien, dijo, ¿no acepta vd. la iglesia que quiero edificar en el mismo sitio en que sucumbió mi desgraciada esposa, y la pension de cuatro mil ducados con especial encargo de rogar por su alma?

El cura se volvió hácia Margarita,

y con acento conmovido exclamó:
«Cualquiera que haya dado á beber
un vaso de agua fria á alguno de mis
hijos, ó de mis discípulos, puedo ase-

guraros que no perderá la recompensa.»
—Amen, dijo Margarita que lloraba
de alegría al ver la felicidad de su amo
y de sus queridos niños.



Dos años despues don J. R. y sus hi-
jos asistian á la bendicion de una ca-
pilla en el sitio mencionado, dedicada
á Nuestra Señora de los Remedios, que
era el nombre de la esposa del funda-

dor, si bien en el pais se la designó des-
de luego y se la conoce todavia con el
nombre de la *Capilla del emigrado*.



MUGERES CELEBRES.



MARIA ESTUARDO.



IV.

EL SUPPLICIO.

En vista de los últimos acontecimientos respecto á la tentativa de Mortimer, y con el fin de evitar la ocasion de repetir una escena del mismo género, se determinó que la reina de Escocia fuese trasladada á otro aposento del castillo que desde luego inspirase mayor seguridad; pensamiento que tan pronto fué concebido como ejecutado. La nueva estancia era mas reducida que la que anteriormente disfrutaba, y toda ella estaba vestida con paños de sarga negra. Junto á la grande puerta que daba salida á la parte exterior de esta siniestra fortaleza, habia una mesa cubierta con un tapete de terciopelo negro, y á su lado un grande sillón donde Maria estaba sentada, y escribiendo á su capellan la siguiente carta.

«Padre: pocos son los momentos que me quedan de vida. Oyendo estoy la triste campanada de la torre del castillo que me anuncia que solo tres cuartos de hora me conceden para arreglar mis cuentas con Dios y con los hombres. Cuando me hallaba bajo el tiránico poder de mi enemiga y sufriendo los mayores ultrages, entonces debí llorar, mas hoy que la muerte viene hácia mí benigna y me acoge con sus alas protectoras, debo alegrarme. Me prohíben la presencia de un sacerdote católico en esta lóbrega prision, por lo cual me ha sido imposible recibir los últimos auxilios espirituales. Yo me confieso á vos de todas mis culpas, y os suplico en medio de mi mas ferviente

abatimiento que las perdoneis. Adios, padre mio; rogad por mi alma.—Maria Estuardo.»

Luego que acabó de escribir la presente carta, tocó una campanilla, y mientras la doblaba dijo á un sirviente que se presentó:

—Decid á Paulet que quiero hablarle.

El sirviente se ausentó, y á los pocos instantes se presentó Paulet acompañado del gran tesorero.

—¿Qué teneis que disponer, señora? preguntó Paulet.

—No me negueis el último favor que voy á pedir, respondió Maria con humildad.... este billete que acabo de escribir, que solo contiene mi última supplica, desearia que le depositárais en manos de mi digno capellan.

El tesorero entonces alargó la mano y dijo:

—Dadme, señora, y yo seré el fiel conductor.

—¡Cómo! exclamó la sentenciada con espanto.

—El solo, interrumpió Paulet, puede dar debido cumplimiento á lo que solicitais.... ya no soy vuestro guarda.

—¿Pues qué sucede? preguntó Maria.

—Acabo de recibir una orden en la que me destituyen del cargo que desempeño, por no inspirar á S. M. la suficiente confianza. Me han acusado de traidor, aseguran que anoche penetré en esta prision que mi sobrino Mortimer; dicen que venia á la cabeza de los escoceses que quisieron libertaros... añaden que he puesto á mi sobrino en parte segura para que no le puedan prender, y me destinan al duro encierro de un castillo, hasta tanto que revele el parage donde suponen que le tengo escondido.

—¡Cuánto siento, Paulet lo que os está pasando! dijo Maria.... Pero no

presumais que yo he sido la causa de vuestro infortunio; no aborrecedme, no me lanceis vuestra maldicion en estos tristes momentos en que me veis.

—No quiero culparos, dijo Paulet dando un suspiro y mirando á otro lado como manifestando un sentimiento distinto al que dominaba su interior. La reina de Escocia se dirigió luego al tesorero, y le preguntó:

—¿Conqué vos quedais en el encargo de entregar ese billete á mi capellan, no es cierto?

—Descuidad en mi lealtad, repuso Burleigh.

En este instante sonaron tres campanadas en el reloj de la torre; Maria se estremeció, y el tesorero conociendo la triste emocion que habia experimentado la sentenciada, dijo:

—Conozco, señora, que nuestra presencia es molesta en esta ocasion, por lo que nos ausentamos.

Y dando á Maria una cajita que traia consigo, continuó:

—Os entrego, el resto de vuestras alhajas; la reina de Inglaterra ha dispuesto que se os devuelvan.

Maria Estuardo cogió la cajita y la puso sobre la mesa, y dirigiéndose al gran tesoro continuó:

—Decid á la soberana de Inglaterra, que estoy sumamente agradecida á este rasgo que caracteriza su grande generosidad.

Paulet y Burleigh hicieron un saludo como para ausentarse, pero Maria los detuvo diciéndoles:

—Esperad.... decid á mis servidoras que entren; quiero despedirme de ellas.

—Así lo haremos, respondió Burleigh.

Y se ausentó con Paulet. La reina de Escocia se postró de rodillas, apretó con sus blancas manos la pequeña cruz que siempre llevaba guardada en su seno, clavó su vista en el cielo, y en esta interesante posicion hizo á Dios la confesion mas solemne de todas sus culpas, y pidió el perdon mas ferviente y encarecido. Cuando concluyó su ruego y se puso de pie, volvió la cara hácia la puerta y vió cinco mugeres enlutadas, cuatro de ellas, jóvenes y hermosas, y todas cubriendo sus rostros con sus pa-

ñuelos y sollozando. Maria entonces se acercó á ellas con calma y dignidad.

—¿A qué son esas lágrimas? las preguntó. Debeis regocijaros en vez de llorar, porque ya ha llegado el término de mis sufrimientos; mis cadenas se rompen, se abren las puertas de mi calabozo, y mi alma gozosa y conducida por los ángeles, camina al templo de mi eterna libertad. El último momento levanta al hombre de su caída, y le ennoblee. Yo siento de nuevo la corona sobre mi cabeza... no lloreis, que habeis venido á presenciar el triunfo de vuestra reina, y no su muerte.

—No prosigais, señora, interrumpió Kennedy ahogada por los sollozos, no prosigais, que destrozaís el alma mia al contemplar vuestra heroica resignacion.

—Bueno, bueno, continuó la reina consolándolas; voy á daros una buena noticia. Os he recomendado á mi hermano el rey de Francia, para que tenga cuidado de vosotras y os dé una nueva patria.... si en algo estimais mi última voluntad, no permanezcaís en Inglaterra, porque vaticino un fin desgraciado para todos los que me han servido. Por esta cruz que ahora tengo en mis manos, jurad que abandonareis esta desgraciada tierra desde el instante que yo deje de existir.

Ana Kennedy tocó á la cruz y dijo:

—Yo lo juro en nombre de todas mis compañeras:

Maria se sentó, y acercando la cajita que contenia sus alhajas, la abrió y dijo á sus servidoras:

—Todo cuanto poseo en este instante, porque me han dejado muy pobre, todo lo que libremente puedo disponer, lo he repartido entre vosotras y todo cuanto lleve caminando á la muerte os pertenece tambien.... Alix, Gertrudis, Rosmunda, para vosotras son, esas preciosas perlas, pues los adornos armonizan muy bien con vuestra hermosura y juventud.

Despues que distribuyó las perlas, las cuales recibieron las enlutadas en medio del mas amargo llanto, se volvió á otra jóven que estaba algo mas retirada y la dijo:

—Tú, Margarita, tienes los mas gran-

pes derechos á mi generosidad; mi testamento te hará ver que no quiero vengar en tí, la criminal traición de tu marido.

En seguida cogió la mano de su nodriza, y prosiguió:

—Querida Ana, sé que no te fascinarán las riquezas ni el brillo de las pedrerías, y que mi recuerdo será tu mayor tesoro.... Toma este pañuelo, yo misma le he bordado para tí durante las horas de mi encierro, el cual está empapado con las lágrimas de tu pobre y desgraciada reina.... Tú me vendarás los ojos con este pañuelo cuando llegue mi terrible momento... Yo quiero recibir de mi Ana este último servicio.

—No puedo soportar mas tiempo la agonía que experimenta mi corazón, dijo Kennedy apoyando la cabeza en el hombro de una de sus compañeras.

Maria se unió mas á sus servidoras, y sollozando como todas ellas, las abrazó, diciendo:

—Venid, hermanas mías y dadme el último adiós. Dios te proteja, Margarita, el cielo te ayude, Alix... Gertrudis, yo te doy las mas expresivas gracias por tus buenos servicios.... Muy aborrecida he sido, pero tambien amada... Gertrudis, quiera el cielo tengas un esposo que pueda hacerte feliz, pues tu ardiente corazón tiene necesidad de amor... ¡El último adiós!

A este tiempo entró el gran tesoroero acompañado de Roberto, que se situó en el umbral de la puerta sin adelantar un paso mas: venia á dar la última satisfacción á la reina Isabel, y no quiso presentarse delante de Maria sino cuando le llegara su vez; mientras tanto Burleigh se adelantó y dijo á la sentenciada con un sentimiento de dolor apasentado:

—Lady Estuardo, vengo á recibir vuestras últimas disposiciones.

—Gracias, milord, respondió Maria.

—La voluntad de mi reina, es que no se os niegue nada de cuanto sea justo.

—Mi testamento encierra mi última voluntad; le he dejado en manos de Talvot, y quiero sean fielmente ejecutadas mis últimas disposiciones.

—Estad tranquila, que se respetarán.

—Pido encarecidamente que no ha-

gan daño á ninguno de mis servidores; que dejen que se retiren á Escocia ó á Francia, donde deseen mejor ausentarse.

—Se hará como lo deseais.

—Y puesto que mi cuerpo no puede reposar en tierra católica, permitid que uno de mis antiguos amigos lleve mi corazón á mis parientes de Francia.

—Tambien se hará... ¿Teneis algo mas que pedir?

—Sí, Burleigh, llevad á la reina de Inglaterra mi saludo fraternal; decidla que la perdono mi muerte de todo corazón, y que siento el modo con que ayer la traté y que Dios la conceda un reinado dichoso.

—Decidme, señora, ¿y habeis variado de pensamiento? ¿Rehusais la asistencia de nuestro dean?

—Ya me he reconciliado con mi Dios.

—En este momento dieron las ocho, la puerta principal de aquella estancia se abrió de par en par, y aparecieron varios soldados que la debian conducir al suplicio, y el verdugo delante de ellos hincado de rodillas pidiendo perdon.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Maria.

—El verdugo, repuso Burleigh, que os pide perdon.

El ejecutor inclinó mas la cabeza hacia el suelo y dijo:

—Soy, señora, únicamente el instrumento de vuestra muerte, la ley es la que en realidad os condena.

—Estais perdonado, respondió Maria con voz ahogada.

Ana Kennedy no pudo por mas tiempo reprimir el llanto, y comenzó á llorar prorumpiendo en gritos del mayor desconsuelo.

—Pobre Ana, dijo la sentenciada volviéndola á abrazar... Es mi último momento.... adiós.... adiós.... pero sé fuerte y acompáñame, hasta la otra habitación.

Con efecto, la reina de Escocia salió de allí, acompañada de su fiel nodriza y seguida del gran tesoroero, del conde Roberto y otros caballeros ingleses; llegaron á otra estancia donde Burleigh leyó la sentencia, la cual escuchó Maria sentada en un sillón. Acabada esta ceremonia se levantó diciendo:

—Cúmplase la voluntad de mi Dios: Ana, tú me acompañarás hasta las gradas de mi suplicio.

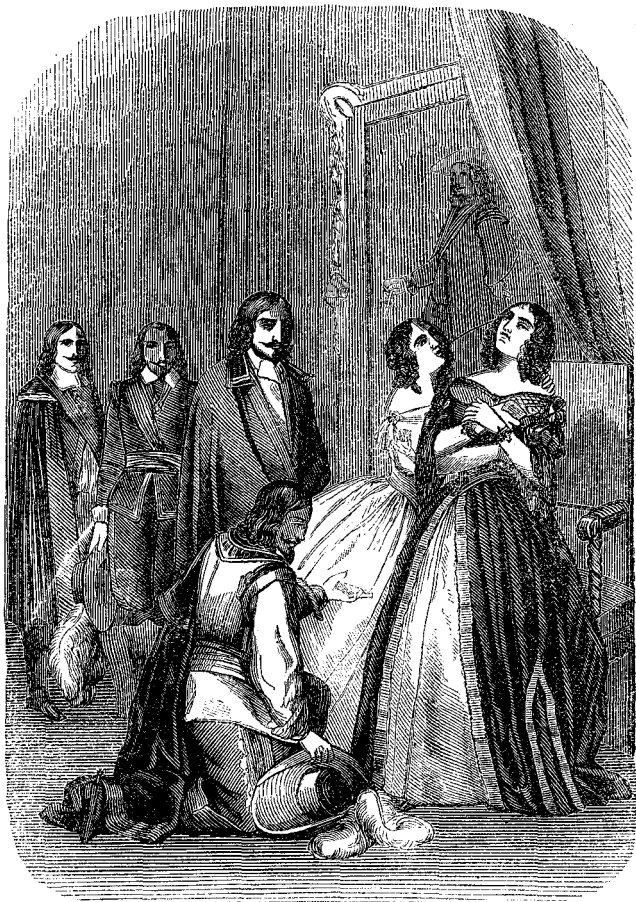
—No puede ser, lady Estuardo, interrumpió el gran tesorero.

—¡Cómo! ¿podrán rehusarme esta

gracia? ¿Quién mejor puede hacerme ese servicio?

—Yo, dijo Roberto echándose á sus pies; yo soy el encargado de conducirlos al parage....

Cuando Maria vió á sus pies á su in



DRIFCA

grato amante, lanzó un grito de terror, y estuvo á punto de caer accidentada, si Kennedy no hubiese acudido á su socorro. Después de un corto instante de silencio en que la soberana consiguió

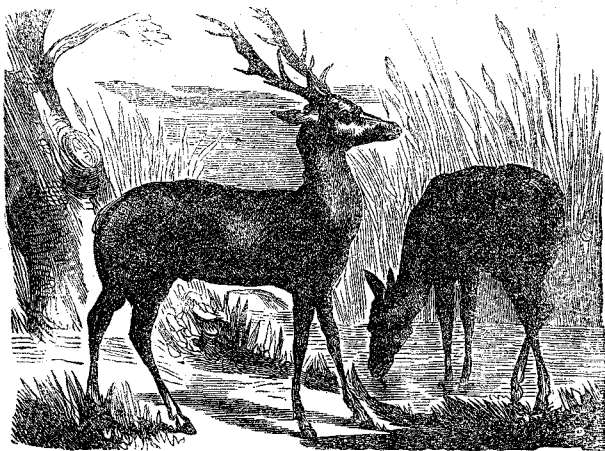
disipar la emoción que había experimentado, dió sollozando la mano á su traidor amante y dijo con pausa antes de salir:

—Habeis cumplido vuestra palabra,

FALTA
PAGINA

FALTA
PAGINA

HISTORIA NATURAL.



EL CIERVO.

Animal inocente, apacible y tranquilo, destinado á hermosear y á dar vida á las selvas solitarias; su forma es airosa y ligera, su estatura bien proporcionada, sus miembros flexibles y nerviosos, su cabeza adornada, mas bien que armada, de un bosque viviente, y que como la cima de los árboles se renueva todos los años. El ciervo ha ocupado en todas las edades, los momentos de descanso de los héroes; el ejercicio de la caza debe suceder á los trabajos de la guerra, y aun precederlos.

Después que los ciervos han soltado las cuernas, se separan unos de otros, y no quedan juntos sino los jóvenes que permanecen en los bosques buscando los mejores sitios, los matorrales, los sotos nuevos y claros, donde

se mantienen todo el verano para recobrar allí sus cuernas; en este tiempo caminan con la cabeza baja por no tropezar en las ramas con las cuernas nuevas que son delicadas hasta que han tomado todo su incremento.

El ciervo pasa su vida en alternativas de plenitud y de inanición, de gordura y de flaqueza, de salud, para decirlo así, y de enfermedad, sin que estas oposiciones tan notables, y este estado, siempre escésivo, alteren su constitución, siendo su vida tan larga como la de los demás animales que se están sujetos á estas vicisitudes: tarda cinco ó seis años en crecer y viven treinta y cinco ó cuarenta; pues lo que se ha divulgado sobre la vida larga de los ciervos, carece de fundamento, siendo una preocupación popular, que reinaba en tiempo de Aristóteles, y que este filósofo dice, con razón, que no le parecía verosímil, respecto que el tiempo de la gestación y el del incremento del cervato, no daban

gun indicio de la vida larga. Sin embargo de esta autoridad, que por sí sola debiera haber bastado para destruir aquella preocupación, se ha renovado en los siglos de ignorancia, por una fábula que se forjó de un ciervo cogido por Carlos VI en el bosque de Selise, el cual tenía un collar en que estaba escrito *Cæsar hoc me donavit*; se quiso mas bien suponer mil años de vida á aquel animal y atribuir la dádiva del collar á un emperador romano, que convenir en que aquel ciervo podía haber venido de Alemania, cuyos emperadores han tomado en todos tiempos el nombre de César.

La vista del ciervo es buena, su olfato exquisito y su oído excelente. Cuando quiere oír, levanta la cabeza, endereza las orejas y entonces oye desde muy lejos: cuando sale de un soto ó de algun otro parage medio descubierto; se detiene á mirar á todos lados, y luego busca el sitio de donde viene el aire, para oler si hay alguien que pueda inquietarle; si le silban ó le llaman de le-

jos, se detiene al instante, y mira fijamente y con cierta especie de admiración los carruages y ganado, y los hombres, y si estos no llevan armas ni perros, continua caminando tranquilamente: oye con gusto la zampoña de los pastores, y por eso los monteros suelen valerse de este artificio para cazarlos. Comunmente teme mucho menos al hombre que á los perros; come lentamente y elige su alimento, y luego que ha pacido procura reposar para rumiar despacio. No bebe en invierno y aun menos en la primavera, bastándole la yerba tierna y cargada de rocío: atraviesa grandes ríos, y salta con suma facilidad y ligereza.

Lo mas útil de este animal son las cuernas y la piel; esta se adoba y se hace de ella un cuero flexible y muy durable, y las cuernas las emplean los cuebilleros, espaderos, etc. y por medio de operaciones químicas, se sacan de ellas espíritus alkali-volátiles, de uso muy frecuente en la medicina.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

NIÑOS DE LA BIBLIA,

POR DON F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

	PÁGS.
Introduccion	3
Cain y Abel.	4
Ismael.	35
Isac.	65
Rebeca.	97
Esau y Jacob.	129
Jacob y Raquel.	161
Los hermanos de Josef.	193
Josef en la prision.	225
Simeon.	257
Benjamin.	289
Juda.	321
Manasés y Efraim.	353

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA,

POR DON ILDEFONSO A. BERMEJO.

Amilcar y Orison.	223
Anibal.	260
Sagunto.	292
Los dos Scipiones.	324
Scipion el africano.	356

LEYENDAS Y APUNTES HISTORICOS.

Aventuras maravillosas de Liderico, primer conde de Flandes, por A. Dumas	6
Idem, continuacion.	51
Idem, continuacion.	75
Idem, continuacion.	109
Idem, continuacion.	139
Idem, conclusion.	163
El joven calumniador.	174
El sitio de Tarifa.	204

HOMBRES CELEBRES

	PÁGS.
Muerte de Copérnico.	14
Los primeros años de Van-Dyck.	61
Torcuato Tasso.	116
Francisco Zurbaran.	145
Cristobal Colon.	180
Carlos II de Inglaterra.	215
El Duende del taller ó el Mulato de Murillo por don Javier de Ased.	247

MUGERES CELEBRES.

María Estuardo.	278
Idem, continuacion.	312
Idem, continuacion.	342
Idem, conclusion.	375

APUNTES MORALES.

Merlin, apologo, traduccion de una poesia romana del siglo 15.	20
La juventud.	55
El niño orador.	46
Un divorcio.	187
Aventuras de una familia inglesa.	218
Idem, continuacion.	252
Idem, continuacion.	264
Idem, continuacion.	305
Idem, conclusion.	329
La cimitarra de Aben-Alhamar.	361

ESTUDIOS RECREATIVOS.

Luisa y Pablo, ó el descubrimiento del doctor Jenner, novela alemana.	58
Idem, continuacion.	67
Idem, continuacion.	101
Idem, continuacion.	152
Idem, continuacion.	164

	Págs.		Págs.
Idem, conclusion.	497	Los animales durante el invierno. . .	349
Amor de madre por don V. D. Canseco. .	58	La nieve.	349
Historia de un cuadro ó los cuatro can-			
deleros de plata.	87	CUENTOS PARA LOS NIÑOS.	
La inocencia errante y combatida. . .	121	El dedo cortado.	25
El perro y la pandereta.	237	Una condesa con 365 hijos.	26
La espórita, por E. Berthoud.	297	La limosna.	id.
El monge misterioso.	334	El perro intercesor.	29
La capilla del Emigrado.	368	Hecho histórico; la honradez de un jó-	
		ven produce un gran suceso.	50
HISTORIA NATURAL.		El danzarín.	49
La seda.	49	El niño preguntón.	id.
El ave del Paraíso.	51	El abuelo y el nieto.	95
El Paro.	62	La lección.	127
La caza del águila.	64	La vieja, el gato y los ratones, fábula	
El Desmán de Rusia.	169	por D. J. A. Matute.	159
El Mangle y la Grulla de Indias. . .	254	Los cuatro hermanos.	190
El ciervo.	381	Los Mensajeros de la muerte.	191
REFLEXIONES SOBRE LA		El castigo por igual, fábula por don	
NATURALEZA.		I. A. Bermejo.	253
Introducción.	153	La Herradura.	254
Los Lapones.	185	El emperador y el abad.	287
De los temblores de tierra.	252	El Sance y el Alorón fábula por don	
El invierno.	285	J. M. Tenorio.	320
		El Negro Carey.	351
		Mesas de plata de Carlo Magno. . . .	351
		Pera de ahogo.	352

